

# La amistad en la sociabilidad estudiantil. Una mirada desde la sociología de Norbert Elias



Darío Hernán Arevalos

Universidad de Buenos Aires/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

*Fecha de recepción: 18 de agosto de 2022*

*Fecha de aceptación: 30 de septiembre de 2022*

## Resumen

Este artículo se propone interpretar los sentidos que se construyen sobre la amistad en la sociabilidad escolar desde la perspectiva de estudiantes secundarios. Desarrollamos las características de este vínculo afectivo teniendo en cuenta las condiciones de vida de la Modernidad signadas por el aislamiento emocional entre los individuos. Luego analizamos narrativas juveniles recabadas en una investigación socioeducativa llevada a cabo en dos escuelas urbanas periféricas de la Provincia de Buenos Aires. Los resultados del estudio dan cuenta de cómo las relaciones de amistad entre pares generacionales posibilitan la tramitación del miedo, la soledad y la vergüenza que atraviesa a la condición estudiantil.

**Palabras clave:** jóvenes estudiantes; soledad; miedo; vergüenza; valencias afectivas.

## Friendship in student sociability. A look from the sociology of Norbert Elias

### Abstract

This article aims to interpret the meanings that are built on friendship in school sociability from the perspective of high school students. We develop the characteristics of this affective bond taking into account the living conditions of modernity marked by emotional isolation between individuals. Then we analyze youth narratives collected in a socio-educational research carried out in two peripheral urban schools in the Province of Buenos Aires. The results of the study give an account of how friendship relationships between generational peers enable the processing of fear, loneliness and shame that crosses the student condition.

**Keywords:** Young students; Loneliness; Fear; Shame; Affective valences.

## Introducción

El andamiaje teórico-metodológico de la sociología figuracional nos permite afirmarnos en la premisa de que las existencias individual y social se imbrican mutuamente. Desde esta perspectiva, se sustituye la tradicional imagen del individuo como *homo clausus*: reificado, autosuficiente e independiente de los otros por un enfoque relacional de lo social. La sociedad es entendida como un conjunto de *homines aperti* ligados entre sí por un cúmulo de cadenas invisibles que no pueden romper y de las cuales no consiguen escapar quedando inmersos “en un contexto funcional de estructura bastante determinada”. En este marco, los individuos deben acomodarse a este contexto funcional, desarrollarse de acuerdo con él y, según las circunstancias, “abrirse paso a partir de él” (Elias, 1990: 29).

La variabilidad de los vínculos humanos que nos integran a lo colectivo es interpretada a la luz de la noción de *figuración*. Mediante este término, se desvía la atención hacia las interdependencias que dan sentido a nuestra existencia social. Por lo cual resulta necesario tener en cuenta:

Qué es realmente lo que interrelaciona a los hombres en figuraciones [dado que] es imposible aportar respuestas a interrogantes de esta índole si se insiste en considerar a todo hombre aisladamente, por sí mismo, como si cada uno de ellos fuese un *homo clausus*. (Elias, 2008: 158)

El análisis de la teoría social acerca de las relaciones humanas no solo debe tomar en consideración las distintas posiciones que los individuos ocupan en la estructura económica sino también “las interdependencias personales y sobre todo las vinculaciones emocionales de los hombres, como eslabones de unión de la sociedad” (Elias, 2008: 163). A este respecto, Elias (2008) introduce la noción de *valencias afectivas* para dar cuenta de nuestra profunda necesidad vital de entablar relaciones con los demás que trasciende, incluso, a la propia desaparición individual. Las valencias orientadas hacia los otros suelen encontrar una sólida vinculación y anclaje, por ejemplo, en la reciprocidad emocional entre dos amantes o en una relación de amistad basada en la confianza mutua. En otros casos, pueden permanecer libres e insatisfechas, fundamentalmente, ante la dolorosa situación de no sentirnos correspondidos en el amor o cuando sucede la muerte de un ser querido. Las valencias que nos vinculan con otras personas de manera directa “o bien indirectamente a través de las referencias a símbolos comunes” (ibídem: 164) están en la base del equilibrio yo-nosotros condicionando el sentir y actuar afectivo del individuo.

En este artículo abordamos los lazos de amistad desde la sociología de Norbert Elias poniendo el acento en la relevancia que esta figuración ocupa en la sociabilidad estudiantil. En un primer momento, nos centramos en la producción de este particular vínculo afectivo que posibilita constituir la identidad de un *nosotros* en sociedades altamente diferenciadas signadas por el aislamiento emocional entre los individuos. Luego analizamos las voces de jóvenes estudiantes recabadas en una investigación socioeducativa que dan cuenta acerca de cómo las relaciones de amistad que se tejen en el espacio escolar viabilizan la producción de una narrativa de sentido frente al sufrimiento.

Este estudio cualitativo de carácter exploratorio<sup>1</sup> ha tenido como objetivo general comprender las experiencias emocionales sobre la muerte que atraviesan a la condición estudiantil. El trabajo empírico consistió en la aplicación de cuarenta (40) entrevistas en profundidad a jóvenes que asisten a los últimos años de dos escuelas secundarias públicas de gestión estatal ubicadas en zonas urbanas periféricas de la ciudad de La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

## La figuración de la amistad bajo las condiciones de vida afectivas de la Modernidad

La movilización emocional a conformar relaciones de amistad tal vez sea tan antigua como la humanidad misma. Esta figuración —aun cuando haya trascendido las distintas formas de organización social en el curso del desarrollo de la historia humana— asume particular relevancia en un contexto sociocultural signado por la fragilidad de los vínculos humanos.

El filme *Antes de partir* (en inglés *The Bucket List*), interpretado por Jack Nicholson y Morgan Freeman, narra la vida de dos ancianos con cáncer que se conocieron en un hospital y conformaron una amistad que trascendió, incluso, a la muerte de cada uno. La relación afectiva que forjaron en los últimos momentos de sus existencias les permitió tramitar en compañía los dolores físicos padecidos por la enfermedad y el sufrimiento subjetivo de percibirse como moribundos en el mundo de los vivos. La manera que ambos encontraron de contrapesar la desesperanza de lo irrevocable consistió en escaparse del hospital para poder realizar todas aquellas cosas que les gustaría hacer antes de morir. El listado de metas escritas en una hoja de cuaderno materializaba, de esta manera, una narrativa colectiva de sentido frente al desamparo emocional que experimentan en las sociedades modernas quienes se encuentran rozando con la propia desaparición física (Elias, 1989). La amistad en esta historia se instituyó como condición de posibilidad para que los protagonistas asumieran objetivos en sus vidas a pesar de los partes médicos que explicitaban una fecha aproximada de cuándo iban a morir.

La afirmación emocional a través de los vínculos de interdependencia brinda los soportes necesarios a la existencia. Para Elias, el hecho de poder amar y sentirse amado es una de las concreciones más intensas de nuestro requerimiento afectivo de compañía humana, que puede tomar la forma “del dar y recibir amistad” (1990: 159). El vínculo con los amigos constituye una figuración de intensa carga emocional cuya perdurabilidad se sostiene en la reciprocidad afectiva entre los individuos. Lo llamativo de esta particular forma de relación social es que para celebrarla no se requiere desarrollar competencias, firmar contratos, compartir lazos sanguíneos ni contar con dinero. La amistad entre las personas es algo que sucede a partir del deseo compartido de entablar un vínculo especial y significativo con un otro independientemente de nuestra apariencia física, edad o sexo. En términos de valencias afectivas nos invita a pensar la manera en que se forja la identidad bajo el pronombre *nosotros*. Es decir, cuando en la vida cotidiana afirmamos que “somos amigos” no aludimos a una emoción personal y meramente

<sup>1</sup> El trabajo empírico forma parte de la tesis doctoral “Emotividades sobre la muerte en el ámbito escolar. Un estudio socio-educativo sobre los sentidos que construyen jóvenes estudiantes de zonas urbanas periféricas” (Arealos, 2020). Disponible en: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/flodigital/11881>

Actualmente esta línea de investigación se enmarca en el Proyecto UBACyT 2018 (20020170100464BA), “Violencias, estigmatización y condición estudiantil. Una sociología de la educación sobre las emociones y los cuerpos” y el Proyecto PIP-CONICET 2021-2023 (1220200102508CO) “Las transformaciones sociohistóricas en la sensibilidad y la construcción de experiencias emocionales de jóvenes estudiantes. Un estudio en escuelas urbano periféricas de la Provincia de Buenos Aires”. Estos proyectos se desarrollan en el marco del Programa de Investigación “Transformaciones Sociales, Subjetividad y Procesos Educativos”, dirigido por la Dra. Kaplan, con sede en el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

subjetiva, sino a un vínculo social construido previamente a partir de la participación simultánea de al menos dos personas que intercambian sentimientos comunes.

La carga emocional dirigida a un *nosotros* entreteje los lazos del individuo con la sociedad a través de diferentes capas de integración. Puede hacer referencia a configuraciones familiares, de amigos, a agrupaciones nacionales o posnacionales e incluso a la especie humana. Si bien, la intensidad en términos de identificación afectiva puede variar de acuerdo con las transformaciones de largo plazo en la estructura social y al compromiso que el individuo desde su singularidad le confiere a tales relaciones, en términos generales:

El compromiso expresado con el empleo del pronombre “nosotros” suele adquirir su máxima intensidad cuando éste remite a la familia, la población o región de residencia y la pertenencia a un Estado nacional. La carga emocional de la identidad del *nosotros* decrece cuando se trata de formas de integración posnacionales, como las agrupaciones de Estados africanos, latinoamericanos, asiáticos o europeos. La función del plano de integración superior, la humanidad, como unidad referencial de la identidad del *nosotros* es quizá cada vez más importante. Pero no es una exageración decir que para la mayoría de la gente el papel de la humanidad como marco de referencia de la identidad del *nosotros* es prácticamente nulo. (Elias, 1990: 157)

La carga emocional de la identidad del *nosotros*, por ejemplo en la familia, sigue manteniéndose elevada como en las etapas iniciales del desarrollo humano. Sin embargo, el sentimiento de pertenencia a este grupo social se ha ido modificando cuando este dejó de ser la principal unidad de supervivencia. Si antaño la relación hacia aquello que hoy llamamos familia o, según el caso, el clan, era completamente inevitable y vital, en la actualidad la identidad del *nosotros* respecto de esta configuración descansa en buena medida sobre el hecho de que, llegado a una cierta edad, el individuo se desvincula de sus familiares sin que esto suponga un menoscabo de sus posibilidades para sobrevivir en el mundo social.

Las transformaciones en la firmeza de los lazos familiares es concomitante con las características de comunidades altamente complejas y diferenciadas en las cuales el individuo construye sentimientos de pertenencia hacia otras relaciones: con los compañeros de escuela, con los colegas del club, con los vecinos del barrio, etc. La enorme multiplicidad y variabilidad de las relaciones interpersonales que conforman las existencias humanas se sustenta en “el deseo de seguridad y estabilidad emocional de la persona a través de los demás” como así también en “la necesidad de convivir con otras personas con las que se está a gusto” (Elias, 1990: 158-159).

Durante la infancia suelen establecerse los primeros vínculos de amistad que, a diferencia de lo que sucede con la familia, se basan en la libre elección de cada quien. Al depender más de sí mismo en lo concerniente al mantenimiento y finalización de este tipo de relaciones, el individuo se encuentra ante la necesidad de desarrollar formas más conscientes de autorregulación para concretar y sostener el anhelo humano “de dar y recibir calor” (Elias, 1990: 159) junto a personas que están por fuera de los vínculos de la socialización primaria.

En la etapa de la juventud la amistad cobra gran relevancia dado que en este momento vital se precisa no solo delinear perspectivas de futuro y una meta que dé sentido a la propia existencia; también se requiere de un grupo de personas de la misma edad que ofrezca una cierta sensación de pertenencia “en un mundo en el que las diferencias entre las distintas generaciones son muy grandes” (Elias, 1994: 147). La necesidad de las juventudes de conformar vínculos afectivos bajo este estatus precisa ser interpretada teniendo en cuenta que, a diferencia de las sociedades primitivas, la cultura moderna

no cuenta con rituales de pasaje hacia la adultez (Le Breton, 2011). Las agrupaciones de amigos confieren una identidad del *nosotros* que habilita la construcción de símbolos, discursos, creencias, pasiones, lenguajes, imágenes y sonidos a través de los cuales otorgan sentido al mundo. En efecto, los vínculos de amistad favorecen procesos de identificación y de pertenencia con alto valor simbólico en el marco de un cierto universo cultural compartido.

Resulta significativo el interrogante acerca del lugar que ocupa esta figuración para las juventudes teniendo en cuenta las condiciones de vida de la Modernidad signadas por el aislamiento emocional entre los individuos. De acuerdo con Elias, el alto grado de individualización correspondiente a este estadio de civilización conduce a que construyamos una imagen distorsionada acerca de que existimos con autonomía e independencia de los otros “como mónadas sin ventana alguna, como ‘sujetos’ aislados, frente a los que se encuentra el resto del mundo” (1989: 39). En consecuencia, las posibilidades de tramitar junto a otros seres humanos el desprecio, la violencia, el desamor, el abandono, la muerte, en suma, todos aquellos sufrimientos que nos conmuevan afectivamente, se encuentran limitadas por la conciencia de un *yo carente de un nosotros* que marca una etapa tardía del proceso de civilización y del desarrollo de la autoconciencia.

El equilibrio entre la identidad del yo y la identidad del nosotros ha experimentado un cambio notable desde la Edad Media europea; cambio que, muy brevemente, podría resumirse así: antes el equilibrio entre la identidad del nosotros y la identidad del yo se inclinaba más hacia la primera. A partir del Renacimiento el equilibrio empezó a inclinarse cada vez más hacia la identidad del yo. Fueron cada vez más frecuentes los casos de personas en las que la identidad del nosotros se había debilitado tanto que se percibían a sí mismos como “yos” carentes de un nosotros. Mientras que antes los seres humanos pertenecían, bien desde su nacimiento, bien desde un momento determinado de sus vidas, para siempre a un grupo concreto, de manera que su identidad como yo estaba permanentemente ligada a su identidad como nosotros, y muchas veces era eclipsada por ésta, con el transcurso del tiempo la balanza se inclinó radicalmente hacia el otro lado. (Elias, 1990: 152)

La individualización sustentada en la ilusión de libertad, autonomía e independencia se ha convertido en un renovado signo de opresión y deshumanización en tanto nos impide componer colectivamente una narrativa existencial. Allí donde la *identidad del nosotros* queda a menudo eclipsada por la *identidad del yo*, los lazos de amistad suelen contrapesar el aislamiento que deviene de la carencia de relaciones sólidas y perdurables que establecemos en la vida comunitaria. En otras palabras, “la posibilidad de forjar amistades duraderas” que nos confieran “formas de reconocimiento en el día a día” se erige como resistencia a la fluidez de los acontecimientos, la precariedad del empleo y los múltiples cambios que impiden “la creación de relaciones privilegiadas con los otros y aíslan al individuo” (Le Breton, 2016: 13).

La reciprocidad afectiva que habilita las relaciones de amistad representa una contranarrativa frente a un mundo social donde se pondera el individualismo y la competencia entre las personas. En la etapa de la juventud se instituye como *soporte* emocional<sup>2</sup> frente a distintas formas de sufrimiento que este grupo etario experimenta en su existencia social.

2 Se recupera la noción de soporte (Martuccelli, 2007) entendido como un conjunto heterogéneo de elementos que se despliegan a través de un entramado de vínculos e instituciones en virtud de los cuales los individuos construyen una narrativa de sentido. En efecto, los medios afectivos, materiales y simbólicos que estructuran sus experiencias biográficas son los que les permiten sostenerse frente al mundo.

## Los amigos frente a la invisibilización. Análisis de testimonios

La escuela es un espacio público de socialización por excelencia donde se encuentran individuos de la misma generación que comparten experiencias, conforman grupos de afinidad, como así también, establecen relaciones conflictivas que devienen de convivir con los demás. En el tránsito por esta institución mediante los vínculos de interdependencia fabricamos una representación acerca de cuánto valemos para los otros y para nosotros mismos.

La dificultad de poder establecer vínculos afectivos con pares generacionales suele ser una de las principales fuentes de sufrimiento en la vida escolar, lo cual se evidencia en las voces de las/os estudiantes cuando refieren a las situaciones que los hacen sentir mal:

Entrevistado: ¿En la escuela? El *bullying*, que te traten mal o lo otro: que nadie te hable, te de bola. [Estudiante varón, 5to año]

Entrevistada: no tener a nadie en quien confiar. Uno viene acá para estudiar, para tener un título. Pero también es importante que encuentres personas que te valoren y respeten. Ahora ya no pasa, porque en el curso nos hemos unido mucho como grupo, pero en los primeros años había compañeros que estaban resolos. No se integraban.

Entrevistador: ¿Y por qué crees que no se integraban con los demás?

Entrevistada: porque nadie les daba bola, entonces estaban todo el tiempo callados. Encima, si en la clase algún profesor te hace participar y vos cada vez que hablás los demás te miran raro, se ríen o hablan por lo bajo, es obvio que no te vas a dar con nadie. (Estudiante mujer, 6º año)

Entrevistado: no tener amigos con quien puedas contar. Yo creo que eso influye para que no te sientas bien. Y eso se revé. Hay algunos que andan resolitarios en la escuela. Vos los ves y están ahí solos en los recreos o en la puerta esperando que toquen timbre para entrar (...) Pasa mucho acá, más que nada, con los más chicos. (Estudiante varón, 6º año)

El hecho de que “nadie te hable o te dé bola” o cuando los demás “te miran raro, se ríen o hablan por lo bajo” en las dinámicas escolares afecta fundamentalmente a quienes “no se integran” y a los que no tienen amigos “con quien contar”.

La invisibilidad es una experiencia de época signada por la fragilidad de los vínculos por la cual ciertos individuos al no ser reconocidos como sujetos se vuelven transparentes ante los ojos de los demás. En el espacio escolar, la negación de la mirada del otro, en términos de implicación afectiva, atestigua una indiferencia deshumanizante cuyo trasfondo es la experimentación de un profundo malestar. Frente a ello hay quienes se refugian en el aislamiento permaneciendo “todo el tiempo callados” o “no relacionándose con nadie” con el objeto de desaparecer de la trama social para protegerse de la indiferencia. En esta renuncia al intercambio, los individuos transforman el vínculo social en desierto para comportarse como espectadores indiferentes que ya no pueden ser afectados por nada ni por nadie.

La invisibilización es una muralla simbólica que limita la conexión sensible entre los sentimientos propios y los ajenos. Para Honneth, designa en general un hecho público donde no solo el sujeto afectado, sino también las demás personas “pueden normalmente comprobar que se trata, bajo circunstancias dadas, de un caso de no ver o ignorar humillantes” (Honneth 2011: 169). Al disponer de la capacidad de demostrar nuestro desprecio mediante el hecho de comportarnos como si la persona no estuviera

presente físicamente en el mismo espacio compartido, la invisibilización representa un acto performativo, en la medida en que supone “gestos o modos de comportamiento que dejen claro que los demás no solo no son vistos accidentalmente, sino que no son vistos intencionalmente” (ibídem: 167).

Es importante señalar que el hecho de no ser mirados apreciativamente no tiene que ver con no haber sido notados en nuestra presencia física. La visibilidad como identificación en el campo perceptivo de otra persona, en efecto, no es sinónimo de reconocimiento. Muy por el contrario, para poder experimentarse como invisible, en sentido figurado, quien es afectado tiene que haber sido identificado como individuo. En otras palabras, “la invisibilidad en sentido impropio presupone necesariamente la visibilidad en el sentido literal del término” (ibídem: 168).

La falta de reconocimiento de quienes han sido considerados nuestros amigos se encuentra en la base de heridas subjetivas que pueden materializarse en prácticas de violencia contra el propio cuerpo.

Entrevistada: mi amiga, la que te conté que se cortaba, hace un año sufría de bulimia. Lo hacía porque se sentía mal con ella misma.

Entrevistador: o sea que por un lado se cortaba y por el otro tenía bulimia...

Entrevistada: sí, las dos cosas.

Entrevistador: ¿Y por qué creés que se sentía mal?

Entrevistada: por lo que entendí cuando hablamos, aunque no le quise tocar mucho sobre el tema porque sé que a ella le duele, es porque sus mismas compañeras de la escuela la molestaban y la dejaban de lado. Ella venía de la tarde y esas amigas que tenía le hacían bromas con su forma de ser, o sea con la forma de su cuerpo, con su peso. Por eso terminó a la mañana. (Estudiante mujer, 6º año)

La no correspondencia de los sentimientos dirigidos hacia todas aquellas personas que ocupan un lugar relevante en el entramado de relaciones socioafectivas nos imposibilita realizarnos emocionalmente (Elias, 1990). Los juicios negativos referidos a “la forma de ser” o “la forma del cuerpo” por parte de personas significativas en las que depositamos nuestra confianza y estima suelen dar lugar a la producción de autoimágenes ligadas a la pérdida de valía social.

Para Elias y Scotson existen preguntas fundamentales en la constitución identitaria de las juventudes ligadas a “¿quién soy?” o a “¿cuál es mi valor y posición como persona?” (2016: 198) que, al no encontrar respuestas para la autoafirmación del yo, pueden operar como presiones sociales que estructuran una profunda soledad. El hecho de cambiarse de turno o, como se observa en el siguiente testimonio, “dejar la escuela”, dan cuenta de cómo este sentimiento conduce a ciertos jóvenes a desestimar la participación en espacios sociales compartidos para aliviar el sufrimiento experimentado por la indiferencia de los propios amigos.

Entrevistada: una vez, también en 2º, estuve internada y falté a clases como un mes más o menos, y justamente cuando falté, mis amigos me habían contado, que ese grupito del fondo se enteraron que yo estaba internada, entonces habían dicho que yo era anoréxica y que tenía problemas y empezaron con el tema ese de enfermedades que nada que ver conmigo (...) yo no estaba enferma sólo estaba internada por otro problema que se me había bajado la presión y bueno. Encima lo relacionaron porque yo era más flaquita que ahora y siempre estaban esos comentarios que te hacen sentir

mal y te quitan hasta las ganas de vivir (...) yo me sentía disconforme con el tema de mis amistades porque yo decía que no los sentía para contarles ciertas cosas y yo me sentía muy sola, también estaba pensando en cambiarme de colegio porque me sentía así o incluso dejar la escuela. (Estudiante mujer, 6º año)

Sentirse en confianza con las “amistades” “para poder contarles ciertas cosas” tiene un alto valor simbólico para las juventudes, fundamentalmente, en los momentos en que el propio yo se encuentra expuesto a juicios y valoraciones negativas de los otros. Es por ello que la referencia a perder las ganas de vivir puede ser interpretada a la luz de la percepción de una falta de reconocimiento por parte de aquellos que estimamos. Si los vínculos afectivos constituyen una necesidad vital, el hecho de percibirse “muy sola” en un espacio social relevante como la escuela se encuentra en la base del miedo a no existir para los demás.

La soledad traduce un malestar desubjetivante. Se materializa cuando los deseos de amor dirigidos a los otros se han visto heridos y perturbados frente a la amenaza de un posible abandono y ante la indiferencia de los demás al haberse fracturado los lazos emocionales que nos unían (Elias, 1989). El aislamiento emocional entre las personas puede hacer que nuestra vida quede desprovista de significación al percibir que “estamos solos” (ibídem: 42). En efecto, la noción de *sentido* no refiere a un yo herméticamente cerrado o a un universal derivado de él. El significado que delineamos acerca de la existencia remite a una intensa dependencia emocional que funda los vínculos humanos. Las expresiones de las/os estudiantes referidas al sinsentido precisan ser interpretadas a partir de este horizonte relacional.

Entrevistada: antes era como más tímida, más cerrada y no me podía comunicar mucho con mis compañeros y ellos tampoco conmigo (...) si estás medio ahí resolutito y estás en un grupo es como que algo está pasando o no te estás integrando bien (...) Y yo creo que te suma problemas en la escuela porque es como que al sentirse así sin ganas no le ves importancia al estudio si no tenés un objetivo, si no tenés nada, tu vida no vale nada, te decís a vos misma “¿de qué me va a servir hacer tal cosa?” y ahí vas bajando y te vas desanimando.

Entrevistador: ¿Y qué significa para vos “no tener nada”?

Entrevistada: no me refiero solo a lo material, me refiero a que en la escuela o en cualquier lugar en donde estés, sientas que hay personas que te quieren, que tenés familia y amigos en quien confiar. (Estudiante mujer, 6º año)

La conexión que la entrevistada realiza entre darle “importancia al estudio” y el hecho de sentir “que hay personas que te quieren, que tenés familia y amigos en quien confiar”; da cuenta de la relevancia de los vínculos afectivos para realizarnos como sujetos que buscan tener un objetivo y otorgarle valor a la vida. A este respecto, el sentimiento de confianza es un modo de sociabilidad que funda estructuras de relación. Implica un modelo circular, es decir que se retroalimenta, porque uno cree en el otro y este cree en sí mismo gracias a ello. Siendo un eje vertebrador de las relaciones humanas, los vínculos de confianza mutua posibilitan que las personas se reinventen, se redescubran y construyan una narrativa que dé sentido a su existencia.

La carencia de relaciones afectivas entre pares generacionales puede movilizar a ciertos jóvenes a la lucha por ser reconocidos mediante determinadas acciones orientadas a tramitar este sufrimiento y, de esta manera, lograr aunque más no sea por un instante la seguridad de existir.



Entrevistado: yo vengo de otro colegio, me cambié porque ahí la pasaba muy mal. Me sentía maltratado por todos, no solo por mis compañeros, sino por los preceptores y profesores, más que nada sentía que ya no le importaba a nadie. Encima en mi casa sentía que nadie me escuchaba. Mi hermano estaba en la suya. Y mi tía estaba laburando todo el día afuera porque es docente de otra escuela y no me sentía en confianza para decirle que la estaba pasando mal. Fue un momento horrible de mi vida, extrañaba a mi mamá que era el único apoyo que tenía. Me sentía muy solo. Como te dije no tenía ganas de estar más y por eso me quise cortar el cuello con un vidrio. Después de esa situación, mi tía se volvió más atenta, me cambió a esta escuela y ahora estoy más tranquilo. Tengo dos amigos acá. (Estudiante varón, 5º año)

Las distintas formas de violencias que atraviesan las vidas de las/os estudiantes suelen materializarse en un encadenamiento que conecta la escuela, la calle y el hogar, es decir, la esfera pública y el ámbito doméstico (Auyero y Berti, 2013). La violencia que recae contra sí mismo descrita en este último testimonio acontece cuando el sujeto no logra constituirse en actor y concretar sus demandas debido a la agresión física y/o simbólica a la que se ve sometido (Wieviorka, 2001). En ciertos casos puede manifestarse en una tendencia a la autodestrucción producto del sentimiento del sinsentido individual y colectivo (Kaplan, 2018).

El miedo a los otros que se estructura en la escuela se liga a un debilitamiento de los vínculos de confianza necesarios para la conformación de una trama común bajo la identidad de un *nosotros*. La invisibilización a partir de la percepción de “no importarle a nadie” representa una particular forma de relación social en la cual ciertos individuos o grupos se sienten en soledad. En la sociabilidad escolar esta emotividad puede encontrar su contrapeso en relaciones afectivas de amistad que se tejen con los pares generacionales.

Entrevistado: hay varios grupos en nuestro curso. Nosotros somos tres, Carlos, Pablo y yo, el año pasado nos hicimos amigos. Nos sentamos en el medio, a la izquierda. Somos, por así decirlo, distintos a los demás. Cuando vine a esta escuela, el año pasado, ellos fueron los únicos con los que me pude relacionar de verdad.

Entrevistador: ¿Con los demás tuviste problemas?

Entrevistado: problemas, problemas... no. Cuando sos nuevo entendés que hay un grupo que ya está armado y te tenés que acomodar. Al principio me senté al fondo, pero no me sentía cómodo con los que se sentaban ahí (...) Hablaban entre ellos, y para mí, a veces hasta decían cosas sobre mí. Me sentía incómodo con esas actitudes. Yo no les caía muy bien y ellos tampoco a mí. Yo diría que eran indiferentes, por eso con ellos es solo un “hola” y nada más.

Entrevistador: ¿Y cómo comenzó la amistad con Carlos y Pablo?

Entrevistado: en un recreo yo estaba sentado en el árbol del patio comiendo un sándwich y me hablaron. Me preguntaron de qué escuela venía y al toque hablamos de otras cosas. Nos dimos cuenta que teníamos cosas en común. La única diferencia es que estaban en la escuela desde primer año. Ellos se sentaban donde nos sentamos ahora y como yo, no se daban con nadie del curso. Así que pedí a la preceptora que nos deje sentar juntos, los tres, ellos adelante y yo solo atrás.

Entrevistador: me decías que ustedes eran distintos a los demás compañeros del curso...

Entrevistado: no es que seamos mejores o peores. Ponele, hacen juntadas en una casa,

organizan un partido de fútbol y ni nos invitan. Entonces nosotros hacemos la nuestra, nos juntamos por lo general en lo de Pablo y la pasamos bien juntos sin preocuparnos que los demás te miren mal o te traten con indiferencia. (Estudiante varón, 5º año)

La mirada valorativa de compañeros y amigos resulta nodal en la producción de imágenes y autoimágenes que construyen las juventudes en la medida en que “abre mundos imaginarios tendiendo puentes y contribuyendo a formar disposiciones o deseos para aventurarse a cruzarlos” (Kaplan, 2017: 47). En este sentido, suelen ser el punto de partida para el desarrollo de un conjunto de estrategias colectivas tales como reunirse en un espacio de confianza evitando “la indiferencia” o “que te miren mal”.

Las relaciones de amistad en el espacio escolar suelen brindar un tejido existencial para tramitar en compañía la sensación de percibirse como invisible ante las tensiones y conflictos que las/os jóvenes tienen con sus vínculos primarios:

Entrevistado: Tuve una compañera que fue bulímica, una chica de 4º año que ahora va a la mañana. Tenía problemas con la mamá. Después mejoró su relación y se recuperó rápido. Nosotros con los chicos [se refiere a sus compañeros y amigos de curso] le dijimos que se tiene que valorar más, la apoyamos y ahora anda lo más bien. El apoyo de la casa y el cariño de la gente que te rodea, ayuda mucho. (Estudiante varón, 5º año)

El lugar preponderante que las/os entrevistados le atribuyen al hecho de percibir “apoyo de alguien que te quiera”, “confianza para poder hablar de lo que te pasa” y, sobre todo, “cariño de la gente que te rodea”, se encuentra fuertemente investido con la posibilidad de encontrar reconocimiento en la mirada de otros significativos. Los vínculos de amistad signados por la solidaridad y cooperación constituyen un mecanismo privilegiado para la construcción de una narrativa colectiva que favorezca la elaboración del dolor social.

Los procesos de invisibilización que se tramitan en las relaciones de interdependencia con pares generacionales devienen, a su vez, de los vínculos de pareja que las/os estudiantes conforman. Es importante tener en cuenta que durante la etapa de la juventud las primeras experiencias amorosas suelen dejar marcas profundas en la subjetividad. Sobre todo cuando estas configuraciones están atravesadas por situaciones de violencia.

Entrevistada: tengo una compañera que el chico se obsesionó. Ella cortó con él la relación y de ahí la empezó a seguir en la calle y le mandaba mensajes (...) Igual fue un tiempo y luego el chico se olvidó. Ya pasó, solo que era incómodo ese tiempo.

Entrevistador: ¿Tu compañera contaba las cosas que estaba pasando o pedía ayuda?

Entrevistada: sí. A mí me contaba todo. Al salir del colegio nos íbamos juntas, para que no estuviera sola. En mí confiaba siempre porque soy la mejor amiga.

Entrevistador: y ante esas cosas que pasaba tu amiga, ¿los padres de ella estaban al tanto?

Entrevistada: sí y no. Hasta la mitad. Les contaba algunas cosas y otras no, no sé por qué. Yo, por ejemplo, esas cosas se las hubiera contado a mi mamá, pero bueno, ella aunque estaba muy mal no les quiso contar, quizá para no preocupar o porque le daba vergüenza. Yo le decía que hable con ellos, que se iba a sentir mejor.

Entrevistador: ¿Y al final qué sucedió?

Entrevistada: después de un tiempo me hizo caso y le resirvió. (Estudiante mujer, 6º año)

Entrevistador: respecto al tema de los maltratos en los noviazgos, ¿conocés jóvenes de tu edad que hayan pasado por eso?

Entrevistado: sí, ha habido, medio violento, sí. No es una amiga tan cercana pero sí le hemos hablado entre todos los del curso. Le hablamos mucho y la ayudamos a que entienda que lo tenía que dejar. (Estudiante varón, 6º año)

La violencia en las relaciones de pareja irrumpe en la cotidianeidad de la vida escolar. La humillación e inferiorización en estos vínculos suelen dar lugar a un tipo particular de miedo: el sentimiento de vergüenza. De acuerdo con Elias (1987), esta emotividad juega un papel significativo en la internalización de pautas culturales configurando modos de autoacción y autorregulación de los sujetos y sus interacciones. El repliegue sobre sí mismo y el silencio son expresiones de esta emotividad ante la pérdida de la autoconfianza que, en ocasiones, precisa de un tercero para elaborar el sufrimiento que se oculta en el fondo de uno mismo.

La dificultad de asumirse como víctima frente a situaciones de violencia tales como que “te sigan en la calle” o te hostiguen sistemáticamente a través de mensajes telefónicos luego de finalizar una relación amorosa, pone de manifiesto un conflicto emocional con aquella parte del yo que representa la opinión social. Si este sentimiento de vergüenza no logra tramitarse con otros significativos el individuo corre el riesgo de percibirse invisibilizado en su padecimiento e impotente para poder transformar su condición.

Como puede observarse en estas narrativas, las relaciones de interdependencia en el espacio escolar constituidas por compañeros y amigos posibilitan construir juntos una serie de estrategias orientadas a disminuir estas situaciones de peligro tales como: acompañar a un amiga para evitar que salga sola del colegio, sugerir la intervención de familiares o brindar un marco de reflexividad para librarse de este tipo de relaciones que atentan contra la propia integridad.

## Conclusiones

Nuestras expresiones emocionales “son elementos que demuestran cómo los seres humanos [estamos] constituidos por naturaleza para la vida en compañía de otros, para la vida en sociedad” (Elias, 1998: 329). En este sentido, no pueden situarse por fuera de los vínculos que constituimos en la trama social.

Para las juventudes, el tránsito por la institución escolar representa una experiencia de intensa carga emocional debido al alto valor simbólico que tienen las relaciones de interdependencia que allí se establecen. La negación de la subjetividad a partir de los procesos de invisibilización está en la base de un dolor personal que cierra “la posibilidad de tener verdaderos sentimientos hacia otras personas, de trabar verdaderos lazos afectivos” (Elias, 1990: 156) y establece límites a dos de las condiciones elementales de la existencia humana que son la de amar y la de ser amado.

El sentir y el actuar que subyace a la concepción del *yo carente de un nosotros* como signo de época afecta de manera particular a las juventudes cuyo período vital se caracteriza por la búsqueda de estima, respeto y reconocimiento (Kaplan y Szapu, 2020; Kaplan y Arevalos, 2021). Las narrativas estudiantiles nos permiten afirmar que las relaciones de amistad en la escuela sientan las bases de reciprocidad afectiva necesaria para tramitar el miedo a no existir para los otros, la soledad experimentada en el aislamiento y la vergüenza frente a la humillación por parte de pares significativos.

El hecho de no tener amigos o haber perdido la confianza en ellos comporta una matriz de dolor social que estructura la condición estudiantil. Las prácticas de aislamiento, los silencios y, en ciertos casos, la violencia contra el propio cuerpo, constituyen expresiones de este sufrimiento de todos aquellos que no han encontrado en la escuela “su lugar en el mundo”. En otros casos, las relaciones de amistad que sí se han podido establecer en este espacio social se instituyeron como contrapeso a la invisibilización que representa la humillación, el desprecio y la indiferencia. A través de este particular vínculo afectivo las/os estudiantes delinearon, en compañía, una narrativa de sentido frente a la violencia vivida.


La particularidad de las relaciones de amistad es que su conformación depende de la libre elección de cada quien. Nadie puede obligar a otro a ser nuestro amigo. Sin embargo, algunos elementos constitutivos de esta figuración como la solidaridad, la cooperación, el respeto y la confianza mutua pueden ser tenidos en cuenta desde la escuela para asumir el desafío ético y político de promover prácticas de convivencia con alto valor simbólico para la vida de las/os jóvenes.

## Bibliografía

- » Auyero, J. y Berti, M. F. (2013). *La violencia en los márgenes Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Buenos Aires, Katz.
- » Elias, N. (1987). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- » \_\_\_\_\_. (1989). *La soledad de los moribundos*. México, Fondo de Cultura Económica.
- » \_\_\_\_\_. (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona, Península.
- » \_\_\_\_\_. (1994). Civilización y Violencia. *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 65: 141-152.
- » \_\_\_\_\_. (1998). *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá, Norma.
- » \_\_\_\_\_. (2008). *Sociología Fundamental*. Barcelona, Gedisa.
- » Elias, N. y Scotson, J. L. (2016). *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. México, Fondo de Cultura Económica.
- » Honneth, A. (2011). *La sociedad del desprecio*. Madrid, Trotta.
- » Kaplan, C. V. (2017). *La vida en las escuelas. Esperanza y desencantos de la convivencia escolar*. Rosario, Homo Sapiens.
- » \_\_\_\_\_. (2018). La naturaleza afectiva del orden social. Una cuestión rezagada del campo de la sociología de la educación. *Sudamérica*, 9: 117-128.
- » Kaplan, C. V. y Szapu, E. (2020). *Conflictos, violencias y emociones en el ámbito educativo*. México, Nosótrica/CLACSO/Voces de la Educación/ENSV.
- » Kaplan C. V. y Arevalos, D. H. (2021). La necesidad de soporte afectivo en jóvenes del sistema educativo. *Revista de Educación FHUNMDP*: 193-208.
- » Le Breton, D. (2011). *Conductas de Riesgo. De los juegos de la muerte a los juegos del vivir*. Buenos Aires, Topía.
- » \_\_\_\_\_. (2016). *Desaparecer de sí. Una tentación contemporánea*. Madrid, Siruela.
- » Martuccelli, D. (2007). *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*. Santiago de Chile, LOM.
- » Wieviorka, M. (2001) La violencia: destrucción y constitución del sujeto. *Espacio Abierto*, jun. 2006, 15 (1-2): 239-248.

### Darío Hernán Arevalos

Doctor en Educación y Licenciado en Ciencias de la Educación por la Universidad de Buenos Aires. Becario posdoctoral, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidad de Buenos Aires.

 <https://orcid.org/0000-0002-2154-3763>

Correo electrónico: dar.arevalos@gmail.com

